

en Veracruz del HERALD, de Nueva York, decía á este diario en fines de Agosto de 1859: "Tengo el sentimiento de manifestar á vd. que léjos de haber dado el gobierno de Juárez en el blanco de los deseos de los demás, *ha desvanecido completamente las justas esperanzas aun de sus mismos adictos y admiradores* los más entusiastas, pues no solamente se halla en la mayor inaccion, sino que *está aguardando que los Estados Unidos lo hagan todo*, no obstante que niega su sancion tan luego como se trata de aprobar cualquier medida que con este objeto se le propone." Y más adelante agregaba: «Mac Lane se encuentra con que nada puede hacer y las negociaciones que habían seguido su curso durante algun tiempo entre él y el gobierno de Juárez han cesado del todo.»

En confirmacion de este aserto, Mac Lane se embarcó para los Estados Unidos el 2 de Septiembre, por virtud de una licencia que dijo haber pedido, pero en realidad para consultar con Buchanan y su gabinete sobre la cuestión de México.

La prensa conservadora creyó que aquel diplomático abandonaba definitivamente su misión y esa creencia fué corroborada por la nota de Mac Lane á Ocampo, anunciándole su viaje, pues le decía que durante su ausencia *si se ofrecía algun negocio* podía tratarlo con el encargado Mr. La Reintrie, segun las instrucciones que éste recibiera de su gobierno. Aquella nota lacónica y

fría, muy diversa del entusiasta discurso de recepcion, auguraba hasta la total retirada de la mision norteamericana y si ella no se llevó á efecto, se debió á la tenacidad de Buchanan que esperaba al fin obtener lo que deseaba; así como á la de los liberales rojos de México que no podían conformarse con ver desaparecer tan inopinadamente las ilusiones que el envío de Mr. Mac Lane les había hecho concebir.

X.

Aunque la mayoría de los jefes juaristas habían abogado por la expedicion de las leyes de Reforma, no obstante, despues de la publicacion de éstas, muchos de ellos no quedaron contentos, pues desde luego vieron que los lerdistas sólo las habían tomado como medio para procurarse recursos en los Estados Unidos y para reclutar aventureros yankees.

Se habló mucho de la venida de los tres mil voluntarios norteamericanos y aun se abrió una oficina de alistamiento en la calle Greenwich, de Nueva York, donde empezaron á acudir muchos perdidos, deseosos de medrar en México, en las filas de las tropas de Dellogado; y en Veracruz había una cincuentena de oficiales norteamericanos y se aseguraba que estaba próxima la llegada de treinta más. De Nueva Orleans salió armamento y municiones para Minatitlan y Veracruz; D. Juan Alvarez por su parte hizo traer de
Estudios históricos.—19.

San Francisco armas, etc., y parecía que las palabras de Rivera Cambas, dadas á conocer en el capítulo anterior, eran un hecho, pues esas expediciones se hacían con conocimiento del gobierno de Washington y aun con su aprobacion.

Estas circunstancias hicieron temer á Vidaurri (1) una invasion de norteamericanos por la frontera del Norte, y en consecuencia, determinó retirar las fuerzas de Nuevo Leon y Coahuila del interior del país y tenerlas listas para cualquier emergencia, ó que al ménos no ayudasen al partido que se inclinaba á los extranjeros que eran más nocivos al país. Las tropas fronterizas habían sido durante más de año y medio el núcleo de los ejércitos liberales y verdaderamente las sostenedoras de la revolucion, de manera que su retirada era un golpe tremendo para la causa juarista.

A la sazón los soldados fronterizos se encontraban en el Estado de Guanajuato: reunidos Hinojosa y Quiroga á Sánchez Roman y á Degollado (que venía de Veracruz y Tampico) con un efectivo de dos mil hombres y cinco piezas de artillería, esperaron al general conservador D. Adrian Woll, á inmediaciones de la ciudad de Leon, donde se dió la batalla, desfavorable á los constitucionalistas (Septiembre de 1859), que per-

(1) Tambien se ha dicho que Vidaurri aspiraba á la presidencia de la República. Arrangoiz dá como razon de la retirada, «que juzgó prudente retirarse de la lucha y volverse á Monterrey, para obrar desde allí según le conviniera.»

dieron 230 muertos, 280 prisioneros, muchos heridos, etc.

Por esos mismos días (5 de Septiembre), Vidaurri expidió en Monterrey un decreto que decía: "considerando que, en la conciencia del gobierno de Nuevo Leon y Coahuila, había un pleno conocimiento y seguridad de que serían grandes y de graves trascendencias los males que se seguirían al Estado y á la Nacion de la permanencia del ejército del Norte en el interior de la República, en uso de las facultades de que estaba investido, decretaba que volviesen al Estado las fuerzas que estaban actualmente en campaña contra la reaccion; que si, lo que no esperaba, algun jefe ú oficial, faltando á su deber, resistía el cumplimiento del decreto, sería responsable al Estado de las consecuencias, quedando desde luego facultados los que siguieran en graduacion, y aun la misma tropa, para hacer que tuviese su cumplimiento, á cuyo efecto emprenderían su marcha inmediatamente; que el Gobierno del Estado protestaba ante Dios y la Nacion que aquella medida no implicaba en lo más mínimo el desconocimiento de los principios constitucionales que había sostenido y estaba dispuesto á sostener; que protestaba igualmente que al dictar aquella providencia lo hacía obligado por causas más que suficientes que se patentizarían á su debido tiempo, y que no le habían guiado otras miras que las muy nobles de procurar el bien de la Nacion y del Estado, salvar el decoro de ésta y

mantener en pié la moralidad del expresado ejército del Norte y su sangre que había estado á punto de prodigarse inútilmente."

Esta actitud de Vidaurri produjo algunos trastornos: Degollado, desde San Luis Potosí, destituyó á Vidaurri el 11 del mismo mes, lo dió de baja en el ejército, y nombró general en jefe del ejército del Norte á Don Silvestre Aramberri, recomendándole la aprehension y aseguramiento de Vidaurri. Don Miguel Blanco, que mandaba una de las divisiones de aquel ejército, se negó á obedecer la orden de su general; Don Santiago Vidaurri á su vez puso fuera de la ley á Degollado; Zuazúa, partidario del gobernador de Nuevo Leon, se aprestó á la campaña; Monterrey se pronunció y Vidaurri tuvo que refugiarse en Lampazos; los jefes fronterizos se dividieron y se ocuparon de hacerse la guerra mutuamente, con lo que Juárez perdió muchos auxiliares y el gobierno de México no tuvo que preocuparse gran cosa de tales enemigos.

Como si tal contrariedad no fuese pequeña para los liberales, á poco ocurrió otra: Don Santos Dellogado era infatigable para levantar ejércitos y conducirlos á la derrota; de Agosto á Noviembre consiguió reunir un ejército de siete mil hombres, mandado por Degollado, Arteaga, Blanco, etc., y se dirigió con él sobre México. Miramon, á su vez, había salido de México para el interior y al saber la aproximacion de Dellogado, resolvió salirle al encuentro.

Ambos generales habían hecho grandes sacrificios para organizar aquellas tropas y comprendían, por lo tanto, la importancia de la accion que iban á librar, accion que podía ser decisiva. A esta circunstancia se debió que Dellogado iniciase negociaciones con el fin de acabar la guerra civil; pero por más que Miramon "se mostró franco y desinteresado," segun las frases del mismo Degollado, no pudo ultimarse ningun convenio y la batalla, conocida con el nombre del lugar donde se verificó, la Estancia de las Vacas, se hizo inevitable.

Cuatro horas y media largas duró aquella sangrienta accion en que el general juarista dejó dos generales prisioneros (D. Santiago Tapia y D. José Justo Alvarez que fueron perfectamente tratados por el vencedor,) y perdió 260 muertos, muchos heridos, 420 prisioneros, 62 cañones, 7,300 fusiles, 3,000 sables, 3,000 fornituras, 20 carros de municiones y mucho material de guerra. [1]

"El golpe de la Estancia, si no abatió el ánimo de los defensores del Código, sí modificó la manera que creyeron conveniente para llegar á un próximo triunfo, y aunque no produjo en Veracruz la derrota de la Estancia todo el efecto que debía, porque allí se estaba en la inteligencia de que Márquez se había sublevado contra Miramon

[1] *Rivera Cambas. Los Gobernantes de México. Tomo 2º, pág. 566.*

(1), siempre influyó en el ánimo de Juárez, que temió le faltaran elementos para acabar pronto con la enfermedad crónica que destruía á México, y prestó oídos á las proposiciones de Mac Lane." (2)

Como se esperaba, la batalla de la Estancia influyó mucho en el mejoramiento de la situación de los conservadores. Miramon, libre de enemigos, continuó su marcha á Guadalajara, donde relevó á Márquez del mando y se dirigió sobre Colima, cuya plaza ocupó despues de haber derrotado á Rojas en "Perico", librando en seguida la acción de Tonila en la que acabó de desbaratar á los juaristas de aquel rumbo.

En fines de 1859, la situación de los conservadores era bastante halagadora: González Ortega no tenía soldados, Degollado descansaba despues de su derrota en la Estancia; Aramberri había sido arrojado de Monterrey y batido por Zuazúa, Vidaurri permanecía neutral, Oaxaca había caído en poder de Cobos, las partidas liberales sueltas andaban dispersas, Pesqueira permanecía inactivo en Sonora y Sinaloa, y los únicos puntos de importancia que conservaban los juaristas eran

[1] Esta inteligencia era á consecuencia de haber sido relevado de la comandancia de Guadalajara el General D. Leonardo Márquez, por motivo de haber tomado una cantidad de una *conducta* para pagar á sus soldados. La creencia del Directorio juarista era completamente errónea, pues Márquez no dió motivo alguno para que se juzgase que estaba dispuesto á sublevarse, y aun durante algun tiempo vivió en México, esperando que se le juzgase.

[2] *Rivera Cambas*. Loc. cit.

Morelia y Veracruz. Por tanto, la situación de los constitucionalistas bien podía calificarse de desesperada.

Entónces fué cuando se echaron por completo en brazos del yankee. Mac Lane había vuelto de los Estados Unidos con nuevas exigencias y con un nuevo tratado, y estaba resuelto á que Juárez lo aceptase, costara lo que costara.

"Buchanan se había empeñado á tal grado en la celebracion del tratado, que amenazó á Juárez con que en caso de negativa, los Estados Unidos tomarían por la fuerza lo que pretendían (1.) Y Juárez, cuyo orgullo debía haberse sublevado ante tan torpe amenaza, que debió negarse á dar oídos á las proposiciones de Mac Lane y hacer un llamamiento á la nacion, seguro de que todos los liberales y conservadores se habrían unido contra el enemigo comun, en vez de dar muestras de esa energía que hoy se pondera tanto, prefirió humillarse y doblegarse ante el orgulloso extranjero, con tal de conservar una investidura por entónces irrisoria, y consintió en que diesen principio las negociaciones para la firma del tratado Mac Lane-Ocampo.

Y fué entónces cuando el GUILLERMO TELL, escribió estas palabras que demuestran hasta dónde habían olvidado el patriotismo los liberales y que constituirán para ellos un perdurable baldon de ignominia:

(1) *Rivera Cambas*, pág. 567.

"Algunas veces los pueblos, cansados de sufrir una odiosa tiranía, miden sus propios recursos, prueban sus fuerzas y al encontrarse impotentes, reclaman de los demás pueblos un auxilio para vencer á sus tiranos. (1) Y cuando esa esclavitud quiere emanciparse, y la mano de otro hombre libre cruza los mares para romper las cadenas, entónces algun labio ruin exclama: ¡traicion! ¡traicion! ¿A qué se llama, en fin, extranjero? ¿Con qué se significa la traicion á la patria?...

"¿No es cierto que si todos somos hermanos, la patria no es una extension de arena sino que lo es el Universo? Pues ¿cómo os atreveis á decir á un pueblo que recibe el auxilio de sus hermanos, que con eso traiciona á la patria? ¿Cómo queis inculcar en el corazon de ese mismo pueblo sentimientos de odio al que llamais extranjero, sólo porque sois bastante ignorantes para no comprender la idea de la Divinidad ó bastante estúpidos para desconocerla?».....

Esas frases, nuestros lectores sabrán averiguar quién fué su autor; en cuanto á nosotros creemos que brotaron de la pluma del mismo que calzó con su firma el tratado que con tales razones defendía.

XI

Además de los sucesos que hemos dado á cono-

[1] El impotente no era el pueblo mexicano sino el partido juarista.

cer, existían otras causas que contribuían á hacer precaria la situacion de los constitucionalistas y una de las más importantes era la ambicion que se había apoderado de los principales corifeos de ese partido.

En un principio, cuando triunfó por completo el plan de Tacubaya y fué desconocido Comonfort, el gobernante constitucional podía decirse que era Juárez, aunque á éste le faltaba el indispensable requisito del juramento que no había prestado, como lo exigía el artículo 83 de la Constitucion; y el de que se había separado del lugar de la residencia de los poderes federales sin anuencia del Congreso, aunque este último podía disculparse por el pronunciamiento de la capital. Pero desde el momento que Juárez rompió sus últimos títulos de legalidad, embarcándose en Manzanillo para el extranjero y dejando sus poderes á Degollado, todos los caudillos constitucionales tenían iguales títulos para aspirar á la ilusoria presidencia.

Y en efecto, de hecho, cada uno fué independiente: relegado Juárez á Veracruz, con dificultad se comunicaba con sus generales. Degollado, que quedó con amplios poderes, soñó con ser presidente; pero las continuas derrotas que sufría le quitaron todo prestigio entre los suyos: Vidaurri tambien ambicionó el mismo puesto y aun hubo una época en que pareció que llegaría á realizar su propósito, pues sus fronterizos fueron los que sostuvieron la revolucion despues de la ba-

Estudios históricos.—20.

talla de Salamanca, y no obstante los desastres que sufrieron en Puerto de Carretas, Ahualulco y otros puntos. Por esta causa, Vidaurri inspiraba cuidado á D. Benito, aunque no tenía más remedio que servirse de él; la *defeccion* de este caudillo, pues, no obstante que privaba á Juárez de poderosos auxiliares, fué vista por él con júbilo, y si hemos de creer á los papeles de aquella época, en la misma Veracruz fué preparada, en vista de que los soldados fronterizos habían perdido mucho del prestigio que tenían, por las continuas derrotas que sufrieron.

Quedaban otros aspirantes á la presidencia, á los que se puede llamar vergonzantes, como Doblado, nulificado desde los convenios de Romita; González Ortega, que empezaba á tener ambicion, pero que aún carecía de la atmósfera que despues crearon en su derredor los triunfos de Silao, Calpulálpam y Jalatlaco, y acaso algún otro.

Pero había otro hombre, que sin haber empuñado una espada como los cuatro citados, creía tener méritos para ocupar la Presidencia de la República, y no disimulando su ambicion, era un rival más temible que todos los demás, para Juárez; este hombre era D. Miguel Lerdo de Tejada. Hábil estadista, entendido financiero, ministro de Comonfort y de Juárez, y autor de la ley de desamortizacion; á él se volvían los liberales descontentos que veían que D. Benito era una rémora para el triunfo y que con su carácter irre-

soluto no acertaba á salir de la difícil posicion en que se encontraba en Veracruz, ni adoptaba medida alguna de las que se le proponían.

Con Lerdo no podía emplear Juárez en aquellas circunstancias el procedimiento que empleaba con sus demás rivales: darles un mando y un ejército para que fueran derrotados por los generales conservadores, y de esa manera se desacreditaran: siendo tan reducido el campo de accion de que disponían los liberales en Veracruz, y muy superior en talento el primero al segundo, no era fácil que aquél, que trabajaba por su candidatura se entregara á cometer desaciertos; así, aunque Lerdo fué uno de los principales autores de la ley de nacionalizacion, tuvo el buen sentido de irse á los Estados Unidos, y no quedarse en Veracruz donde empezó una série de operaciones ruinosísimas y descabelladas con los bienes quitados al clero. Aunque Lerdo no consiguió todos los recursos que iba á solicitar, tornó con algunos que sirvieron de mucho en aquellas críticas circunstancias y que alentaron, sobre todo, á los lerdistas para trabajar con más ardor en pró de su candidato.

Y entónces la posicion de Juárez vino á ser más crítica: por una parte carecía de ejércitos para vencer á Miramon; por otra tenía cerca de sí á un rival temible; por otra, en fin, la frialdad de Buchanan y su gabinete lo exponía á que le faltase el apoyo moral que hasta entónces lo había sostenido en Veracruz, y por último sus partidarios eran

contados y en menor número que los de Lerdo. Peligraba su poder, si es que alguno tenía, y en la alternativa de dejar su puesto á otro ó de abrazarse á un hierro ardiendo, prefirió esto último por más que no fuese patriótica esta solución y demostrase con ella el más refinado egoísmo, formando su conducta contraste con la de Miramon que siempre se mostró generoso y desprendido y nunca antepuso su ambición personal al bien de país.

Las negociaciones con los Estados Unidos tomaron, por esa determinación de Juárez, un nuevo aspecto: D. José María Mata, que hasta entonces tenía en Washington una posición desairada, tanto por la actitud del cuerpo diplomático allí residente, como porque el centro de las negociaciones era Veracruz, con la *licencia* que disfrutó Mac Lane empezó á entrar en juego y á obrar con actividad. Viendo que la causa del fracaso de las primeras negociaciones era la negativa á la proposición norteamericana, de cesión del istmo de Tehuantepec, propuso á Buchanan conceder á los Estados Unidos el derecho de tránsito por diez años, prorrogable, á través de esa vía.

Mas cuando ya las negociaciones estaban adelantadas en ese sentido, surgió un incidente que alarmando á Mata en un principio, le sugirió después una idea que ya había antes concebido, pero que tuvo que abandonar: nos referimos al tratado Mon-Almonte, concluido con España.

De todas las naciones de Europa, ésta era la

que tenía más motivos de disgusto con México y estaba muy próxima á asumir una actitud hostil, tanto por la falta de cumplimiento del tratado de 12 de Noviembre de 1853 sobre créditos españoles como por los atentados de que fueron víctimas los súbditos de D^a Isabel II en San Vicente, Chiconcuac y San Dimas: el gobierno de Miramon, que necesitaba el apoyo moral de Europa, se apresuró á firmar el tratado Mon-Almonte que ponía en vigor el de 1853 y que prometía una indemnización á las víctimas de esos atentados. Por no extendernos más, no entramos al análisis de aquel tratado que tan duramente fué calificado por los liberales, (que llamaron traidor á Almonte y á los que intervinieron en ese pacto,) y que aun después de muchos años los vemos juzgados de manera muy severa en el quinto tomo de *México á través de los siglos*, cuando para el tratado Mac Lane-Ocampo, hay frases que tienden á disculparlo y apenas se le critica, no obstante que este último fué verdaderamente indigno y humillante para México.

El tratado Mon-Almonte que terminaba las diferencias entre México y España, alarmó á Mata y á los liberales, que veían que con el apoyo moral que Europa prestaba á Miramon podía consolidarse definitivamente el gobierno de éste. Pero en seguida ideó el siguiente plan que más bien fué ingenioso que profundo.

Como Miramon no tiene dinero con que pagar la indemnización estipulada, creía Mata que Es-

pañá mandaría una escuadra al Golfo de México, y estando todas las costas y puertos de ese Golfo en poder de los juaristas, el ataque que intentara la escuadra se consideraría como un *casus belli*: los Estados Unidos no pueden dejar solos á los juaristas en esa guerra y los ayudarán, siendo el precio de esa ayuda la Isla de Cuba que pasará á poder de los yankees." La idea, como se ve, no era nueva, pues desde algunos meses ántes la abrigaba Mata, y tenía alguna conexión con la ridícula alianza ofensiva y defensiva entre México y los Estados Unidos, propuesta por Ocampo y anunciada desde la recepcion de Mac Lane.

Pero los norteamericanos, demasiado prácticos desecharon la idea de esa alianza y no se manifestaron muy dispuestos á emprender una guerra con España, y formularon sus exigencias de una manera tan clara y precisa que ni siquiera consentían en que regresara á Veracruz Mac Lane sin tener la seguridad de que se firmaría el tratado, para lo cual Buchanan lanzó la amenaza que tomándola del escritor liberal Rivera Cambas dejamos consignada en el capítulo anterior.

Y Juárez, para el cual el mayor peligro era la presencia de Lerdo en Veracruz, llevado de su egoísmo, ya no puso más reparos al tratado que lo afirmaba en el poder.

El Sr. Vigil, en la obra ya citada de «México á través de los siglos» dice que la disyuntiva era bien triste para México: si triunfaban los liberales tendríamos la intervencion europea, y si triunfa-

ban los conservadores nos esperaba la guerra con los Estados Unidos. Aparte de que no estamos conformes con el primer punto, pues aún no estaban de acuerdo los gabinetes de Europa ocupados en la cuestion de Italia, en la intervencion, todo se hubiera zanjado con que Juárez no hubiera hecho pesar demasiado en la balanza política su personalidad y hubiera dado oídos á las proposiciones que repetidas veces le hicieron Robles Pezuela y aun algunos jefes liberales.

Pero no fué así: el tratado Mac Lane-Ocampo era necesario para que aquel hombre siguiera dándose en Veracruz el titulo de Presidente de la República, aunque no tuviese las intenciones de cumplirlo, segun lo han confesado sus mismos partidarios, como veremos despues, y el tratado al cual hemos llegado despues de una larguísima exposicion, se hizo.

XII

Muy larga habrá parecido á algunos de nuestros lectores la exposicion que hemos hecho de la situacion del país y de las causas que influyeron para que se llegase á firmar el tratado entre los Sres. Mac Lane y Ocampo; pero reflexionen esos lectores en que era indispensable estudiar lo más profundamente posible esa época para poner de manifiesto la situacion de ámbos partidos y sus tendencias; para conocer el carácter de algunos de los hombres que tomaron parte en esa lucha

memorable, y para poder calificar con fundamento y no á la ligera, la conducta que observaron en ese asunto tan importante para México.

En ese estudio, aunque no tengamos la presunción de haberlo hecho completo, sí podrá observarse que hemos procurado llenar una laguna que se encuentra en todos nuestros historiadores, los que limitándose á dar cuenta del tratado Mac Lane, nada ó muy poco se han fijado en los acontecimientos que se desarrollaron en Veracruz y que tanto influjo ejercieron en la marcha del país y en los sucesos posteriores. Con los datos que hemos procurado dar á conocer, los que escriban la historia de aquella época se sentirán animados del deseo de estudiar detenidamente los acontecimientos y de darlos á conocer con todos los detalles que se merecen.

Por nuestra parte, satisfechos de haber contribuido con nuestro pequeño contingente para ese estudio, procuraremos ser más concisos en lo sucesivo, y reanudamos el hilo de los sucesos.

La firma del tratado Mac Lane-Ocampo coincidió con dos sucesos importantes que demostraban cuáles eran las intenciones de los Estados Unidos respecto de México: fueron éstos la movilización de las fuerzas norteamericanas en dirección de la frontera del Norte con pretexto de las invasiones de Cortina en Brownsville y en los pueblos de la margen izquierda del Bravo y la arrogante protesta que el comandante de la corbeta de guerra, «St. Mary,» H. C. Porter dirigió á Pesqueira

desde Guaymas, con motivo de la expulsión del territorio de Sonora, de varios ciudadanos norteamericanos. En esa protesta, Porter amenazaba con una intervención del gobierno de su país y en la movilización podía verse un principio de ejecución de los planes que de tiempo atrás abrigaba Buchanan.

Este último argumento, más poderoso que todos los demás, fué acaso el que acabó de convencer á Juárez y el tratado quedó firmado en los primeros días de Diciembre.

El artículo 1º de él decía textualmente: "Art. 1º. — *Por vía de ampliación* al artículo 8º del tratado de 30 de Diciembre de 1853, *cede la República Mexicana* á los Estados Unidos y sus conciudadanos y bienes, *en perpetuidad, el derecho de tránsito por el istmo de Tehuantepec*, de uno á otro mar, por cualquier camino que actualmente exista ó que existiere en lo sucesivo, sirviéndose de él ámbas repúblicas y sus ciudadanos.»

La manera de redactar este artículo, fué calculada con detenimiento para inducir al público al error de que el tratado de la Mesilla, que con ese nombre se conoce el de 30 de Diciembre de 1853, contenía alguna cláusula que menoscabase la soberanía de México sobre el istmo de Tehuantepec. Y nada es ménos cierto que esto.

El artículo 8º de ese tratado decía: «*Habiendo autorizado* el gobierno mexicano en 5 de Febrero de 1853 la pronta construcción de un camino de madera y de un ferrocarril en el istmo de Te-

huantepec, para asegurar de una manera estable los beneficios de dicha vía de comunicacion á las personas y mercancías de los ciudadanos de México y de los Estados Unidos, se estipula, etc.» De manera que esta convención era para el caso de que se construyesen los caminos autorizados en 5 de Febrero de 1853; pero no para "cualquier camino que actualmente exista ó que existiere en lo sucesivo" como decía el art. 1º del tratado Mac Lane, y desde el momento que la concesion de 1853 había caducado, la cláusula del convenio de la Mesilla dejaba de tener aplicacion. No era, por lo mismo, lo convenido una ampliacion de lo anterior, sino una nueva estipulacion muy distinta de la primera, y onerosa además, segun tendremos oportunidad de examinar.

Tambien podrá observarse que la modificacion propuesta por Mata de conceder á los Estados Unidos el derecho de tránsito por espacio de diez años, no fué aceptada y que al fin se puso la cláusula de á perpetuidad, como desde un principio lo habían querido Buchanan y Mac Lane, no obstante la resistencia de Juárez y de Ocampo.

Increible parecerá la importancia que para los norteamericanos tenía ese artículo que les concedía de una manera directa, el paso sobre Tehuantepec, é indirectamente el de construir uno ó más caminos á través del istmo para poderse comunicar rápidamente con sus posesiones del Pacifico.

Desde que los Estados Unidos poco despues de su independéncia traspusieron los montes Allegha-

nis y se establecieron en el valle del Ohio, su idea dominante fué llegar á las playas del Océano Pacifico para atraer á su país el comercio con China y llegar á ser una gran nacion americana que extendiese su influencia á los dos grandes Océanos; y trabajaron con un teson y una constancia admirables por llegar á este resultado.

Comenzaron por hacer retroceder ante sí las tribus de pieles rojas, que habitaban esas comarcas, y empezaron á descender por el gran valle hasta llegar á las riberas del Mississippí y en breve tiempo colonizaron los territorios de los que despues fueron Estados de Ohio, Indiana, Kentucky, Illinois y Alabama; la venta que hizo Napoleon en 1803 de la Lousiana les permitió llegar al Golfo de México y bloquear casi las Floridas, que invadidas por el General Jackson al fin fueron cedidas por España en 1819.

El año de 1812, la guerra que sostuvieron los Estados Unidos con Inglaterra, en realidad sólo tuvo por objeto, de parte de aquellos, adquirir posesiones en la costa del Pacifico, lo que al fin consiguieron por el tratado de paz que les dió sobre ese mar la comarca donde erigieron el territorio de Washington, elevado recientemente á Estado. El banquero José Astor fundó á Astoria y posteriormente se echaron los cimientos de Olympia y de Pacific City; pero desde luego se encontraron con que la travesía del Atlántico al Pacifico era demasiado penosa por la distancia y peligrosa por los indios pieles rojas que recorrían

las vastas comarcas desiertas que hoy forman los Estados de Minesota, Yowa, Nebraska, Kansas, Dakota, Montana é Idaho, y ya no pensaron más que en correrse hácia el Sur aunque fuese con detrimento de la integridad del territorio mexicano.

Desde luego empezaron los Estados Unidos á trabajar en el sentido de conseguir de México que firmase un tratado de límites que les permitiese avanzar más al Sur su línea; el tristemente célebre Ministro, Jöel R. Poinsett, recibió el encargo y el 12 de Enero de 1828, se firmaba entre él y e Sr. D. Sebastian Camacho un tratado que fué adicionado el 5 de Abril de 1831 y por el cual se fijaba como límite septentrional de México el paralelo 42° lat. Norte, quedando á favor de los Estados Unidos todo el Oregon y parte de Idaho, Montana y Colorado, y á México, Alta California, Nevada, Utah, Arizona, Nuevo México, Texas, y parte del territorio indio, Kansas y Colorado.

Mas ni las concesiones hechas por Inglaterra y España, (que por el tratado de 1819 desistió de ciertas pretensiones sobre la bahía de Nootka en el Pacífico) eran bastantes á contener la ambicion de los Estados Unidos, que encontraban muchas dificultades para hacer su gran camino en teroceánico, de manera que insistieron en adquirir territorios más al Sur del paralelo 42°.

Nuestros lectores saben lo que pasó, las invasiones de Gaines, en el Sabina, las de Fremont en California, la toma de Monterrey por la escuadra norteamericana, la sublevacion de Samuel

Houston y Lorenzo Zavala en Texas y la anexion de esta última comarca á la Union no fueron más que consecuencia del plan, largos años madurado, de arrebatarlos gran parte de nuestro territorio; plan que abrazaba hasta la Baja California como lo dió á conocer Trist en las conferencias de la *Casa Colorada*, celebradas en Agosto de 1847; pero que se redujeron en parte al firmarse la paz definitiva en la Villa de Guadalupe el 2 de Febrero de 1848.

Creyeron ya los norteamericanos tener un camino más cómodo para el Pacífico y un puerto mejor que los del Oregon con los territorios adquiridos; pero el descubrimiento de los placeres de oro por Marshall, á raíz de la guerra de México, les vino á demostrar el error en que estaban. Efectivamente, de los aventureros atraídos por la sed de oro, pocos fueron los que se decidieron á atravesar los Estados Unidos para llegar á las Montañas Rocallosas y al Valle del Sacramento; la mayoría prefirió remontarse hasta el Canadá y la Colombia inglesa, siguiendo la línea de los grandes lagos y entrar por Montana é Idaho.

Muchos no quisieron seguir esa travesía peligrosa y cruzaron la América por el istmo de Panamá, cuyas dos principales ciudades, Panamá y Colón, se vieron muy concurridas y prosperaron á tal grado, que el ferrocarril que rápidamente se tendió entre ellas obtuvo muy pingües ganancias. No pocos cruzaron por la América Central y aun hubo bastantes que emprendieron el camino por la

República Mexicana, embarcándose en Acapulco y Mazatlan que desde entónces empezó á progresar.

Pero este estado de cosas no podía convenir á los norteamericanos, que veían prosperar á otros países ó localidades á costa de ellos; además la importancia que habían adquirido California y el extremo Oeste hizo para ellos necesarias más rápidas comunicaciones con el Pacífico, aun prescindiendo del comercio con Asia.

Entónces se fijaron en la América Central, tan á propósito para ser cruzada en diversos puntos por ferrocarriles de corta extension ó por canales y no disimularon el deseo que tenían de apoderarse de algun país centroamericano ó de cualquiera de esos puntos de comunicacion.

Mas el gran incremento que adquirieron los Estados Unidos con la guerra de México y el descubrimiento del oro, había despertado la suspicacia de las naciones europeas que veían en ellos una amenaza para sus posesiones (de ellas) de ultramar y un rival temible que á ojos vistos se elevaba aqñende el Atlántico y decidieron poner coto á la ambicion desmedida de los anglo-sajones de América.

El tratado Clayton-Bulwer firmado el año de 1850 entre Estados Unidos é Inglaterra, y por el cual ámbas naciones se comprometían á no ocupar ni colonizar cualquier punto de la América Central, cortó á la primera nacion los vuelos y la obligó á buscar la comunicacion interoceánica por otros medios que no fueran la conquista y la anexion . . . ó la compra.

En Nicaragua gastó aquella mucho dinero en reconocimiento del río de San Juan y Lago de Nicaragua, así como en proyectar un ferrocarril de Puerto Caballos, en la costa del Norte á la bahía de Fonseca en la del Sur; pero la aventura filibustera de Walker resfrió bastante el poco entusiasmo que sentían por los caminos que los yankees proyectaban y al fin tuvieron que aplazar sus proyectos, ya que no les dieron de mano por completo.

Al fin se fijaron en Tehuantepec, que tambien es lugar cómodo para esa comunicacion, y teniendo en cuenta las continuas revoluciones de México, juzgaron cosa fácil apoderarse del istmo [bajo cualquier pretexto.

El gobierno del general Arista había otorgado una concesion para un camino ó canal á través del istmo al ingeniero Garay, mas como éste no cumpliera con su contrato, aquéllo rescindió. Garay vendió su concesion en los Estados Unidos y de aquí se originaron disputas entre los dos gobiernos que agriaron bastante la relaciones diplomáticas y que aun estuvieron á punto de originar un conflicto sério. Pero al fin el gobierno mexicano otorgó una nueva concesion á ciudadanos norteamericanos, y los Estados Unidos procuraron ayudar poderosamente á la empresa, comprendiendo todo el provecho que les resultaría de tener un camino mucho más corto que todos los demás que comunicase sus Estados del Este y del Sur con los del Oeste.

Mas para que ese camino fuese siempre seguro y no estuviese expuesto á las contingencias de un país en revolución peremne, necesitaban ó querían tenerlo bajo su inmediata dependencia y á conseguir ésta tendieron todos los esfuerzos de los demócratas, entónces adueñados del poder. Al fin las amenazas de Buchanan consiguieron su objeto y en el artículo primero del tratado Mac Lane-Ocampo se consigné la servidumbre de paso á perpetuidad á través del istmo de Tehuantepec.

La lesion que la soberanía de México sufría con la constitucion de esa servidumbre la examinaremos cuando llegemos á otros artículos donde se estipulaban otras.

XIII

En el artículo 2º del tratado se dijo: "Conviene ámbas repúblicas en proteger todas las rutas existentes hoy ó que existieren en lo sucesivo á través de dicho istmo (de Tehuantepec,) y en garantizar la neutralidad del mismo."

Esta cláusula examinada concienzudamente y de acuerdo con los preceptos del derecho internacional, resulta monstruosa bajo todos conceptos y verdaderamente no se puede comprender cuál fué la idea que tuvieron sus autores al escribirla. Lo que en ella se dice, está en parte dicho en otras cláusulas posteriores, según veremos, de una manera más clara y más precisa, por lo que á nues-

tro modo de ver ese artículo 2º es una redundancia; pero como en él se mienta por primera y única vez la palabra "neutralidad," esta circunstancia nos obliga á examinarlo con toda atencion.

La primera parte de la cláusula: "*conviene ámbas repúblicas en proteger todas las rutas existentes hoy. . . . á través de dicho istmo*" (de Tehuantepec) no tenía aplicacion práctica cuando se hizo el tratado, por razon de que en esa época no existía ni un mal camino de herradura á través del istmo: el mismo tratado lo reconoce así á los tres renglones siguientes, pues la cláusula tercera empieza de esta manera: "Al usarse por primera vez *bona fide* cualquiera vía á través de dicho istmo, para transitar por ella, *establecerá* la República mexicana," etc., de manera que se estipulaba para lo existente en lo futuro, pues si ya entónces hubiera habido camino, la cláusula se habría redactado así: "La República mexicana *establecerá desde luego*, dos puertos de depósito. . . ."

Continuando el exámen del artículo 3º, encontramos la siguiente frase: "Conviene ámbas repúblicas en proteger todas las rutas. . . que existieren en lo sucesivo á través de dicho istmo." Por parte de México esa obligacion de proteccion ya existía y lo único nuevo que se estipulaba era la de los Estados Unidos, en los casos y circunstancias especificados en el artículo 5º, al ocuparnos del cual veremos el alcance que se daba á esa proteccion.

También convenían ámbas naciones en garan-